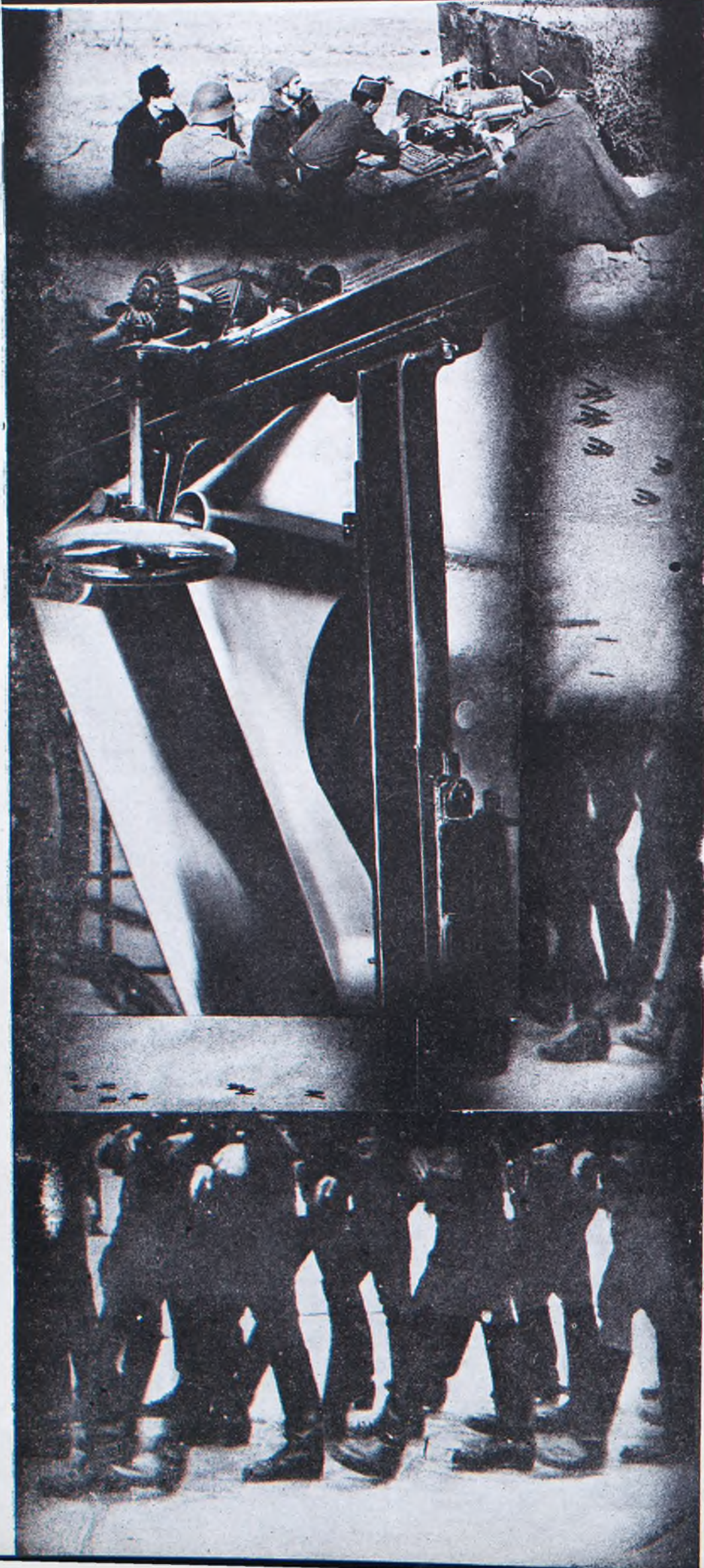


# LA GUARDIA DE LOS



Cuando muchos intelectuales de España —seamos justos: casi todos—encontraban confortable la República; cuando vendían por unas dietas en oro o un vulgar “enchufe” su solitario señorío; cuando aquello que era el escondido patrimonio de una orgullosa casta de elegidos, empezaba a malgastarse en antecámaras; precisamente cuando empezaban algunos a flaquear tanto que ya declaraban adorable al genio del adocenamiento, la mediocridad y el provincianismo, Azaña; entonces, entonces, ¿os acordáis sólo nosotros velábamos!

¡Qué bien nos sonaban en nuestra guardia aquellas palabras del Ausente alusivas a la “vigilia tensa, fervorosa y segura”, mientras los veinte dineros de la República corrompían plumas, palabras y conciencias!

¡Mientras “ellos” dormían, velábamos nosotros! A ellos les despertó el estampido de las pistolas, el diálogo de pólvora y de sangre de las negras esquinas madrileñas. Fue sólo entonces cuando se preguntaron con aire de fastidio: “¿Qué pasa?”. Un poco más adelante—aquella sucia y explosiva mañana del 17 de febrero—habían de preguntarse: “¿Qué va a pasar?”. Algunos ¡Dios les mantenga en el arrepentimiento! se hacían esta pregunta desde el balcón isabelino del Ministerio de la Gobernación, donde lloraban sobre una “Hoja Oficial del Lunes” en que una estadística golpeaba implacablemente la pringue democrática sobre la Puerta del Sol.

¡Qué aire de anuncio contra la caricie el de aquel cartelón amarillo sobre el que guiñaba su pícaro veteranía el viejo reclamo luminoso del Anís del Mono!

Entonces empezaron a desvelarse los que habían llevado a empeñar su clámide, su toga o su túnica en las taquillas sórdidas de la República de trabajadores.

¡Cuántos centenares de guardias habíamos hecho nosotros para entonces!



“Nosotros” éramos los periodistas nacionales. Los hombres a quienes no da nunca el sol. Los que no sabíamos cómo era el aire de la Sierra. “Nosotros” éramos eso que los buenos hombres que encontraban prudente a Azaña llabaman insensatos fascistas.

Conviene que mucha gente se sitúe en los meses que van de abril a julio de 1936 y piense en lo que significaba entonces, en Madrid, verse llamado a diario, en los periódicos rojos “escritor fascista”. Y piense en que había que ir dos veces y volver otras dos por el mismo camino, desde una casa a la redacción y desde la redacción a una casa. Es posible que no hubiera entonces una sola fachada de periódicos de derecha que no tuviera las puertas dibujadas a tiros.

¿Os acordáis? Entonces, de prisano, con un inocente aire de agentes de seguros—y algunos siéndolo de verdad—hallaban refugio en los viejos divanes de nuestras redacciones, jefes del Ejército que apretaban los puños hasta hacerse sangre, ante el oprobio de España. Sólo les consolaba el leer los metros de galeradas que la censura nos tachaba. Se guardaban como reliquias aquellos humildes papeles. Tal vez alguno de aquellos amigos ha muerto por conservarlos en su poder: porque algunos de aquellos papeles soñan llevar este nombre luminoso y arcángelico al pie: JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA.

Nosotros ¿os acordáis todos bien? ¿os acordáis? Nosotros sabíamos perfectamente qué peligros nos amenazaban. Por eso, cuando la ráfaga de la pistola ametralladora sonaba a nuestras espaldas, o cuando estallaba la bomba en nuestros talleres, o cuando ardía una camioneta nuestra en los Cuatro Caminos, nos encontrábamos todo con el ánimo preparado.

Éramos nosotros las centurias de primera línea de los intelectuales.

De cuando en cuando, un compañero, pá-